

Carla Giaudrone\*

## ⇒ Representaciones de lo vernáculo en el primer Centenario de la independencia del Paraguay

Al cumplirse los cien años de los primeros alzamientos criollos en las colonias americanas, la lucha heroica por la independencia contra el imperio español ofreció a las élites nacionales una lectura coherente del pasado al mismo tiempo que proporcionó un mito fundacional épico y unificador en un período de gran inestabilidad social, política y económica. Más allá de las particularidades históricas que caracterizan a cada uno de los países latinoamericanos, las celebraciones del primer centenario de la independencia, llevadas a cabo aproximadamente entre 1910 y 1930, poseen como objetivo común capturar la diversidad cultural de la nación con un fuerte propósito de dirección y control social. Asimismo, el proyecto liberal del Centenario tendió a desplazar lo vernáculo para favorecer una postura eurocéntrica que subrayaba el potencial económico de la nación y el grado de progreso y modernización alcanzado por el país a lo largo de la centuria.

Si en general el plan centenarista latinoamericano pensó la nación exclusivamente en términos políticos o cívicos, la generación del Centenario paraguaya favoreció la idea de una comunidad etnocultural, donde la nación comenzaba a ser representada como una gran familia, cuyas raíces se remontaban a una supuesta ascendencia común. Particularmente entre los intelectuales pertenecientes al denominado grupo del novecientos, el nacionalismo étnico del Centenario paraguayo buscó, por un lado, crear un modelo de nación homogénea unificando a los diversos grupos étnicos que conformaban la población; por otro lado, intentó transferir a términos positivos la desprestigiada imagen que circulaba en la región de Paraguay como un “país de salvajes”, es decir, como el último reducto de la barbarie americana.

A través del análisis de una selección de textos e imágenes de dos álbumes conmemorativos del Centenario paraguayo, el presente estudio examina los fundamentos de la recuperación de lo vernáculo, las formas en que éste aparece representado y las transformaciones que los elementos nativos sufren en el proceso de transposición al álbum. Dicha recuperación no implica una simple inversión de la fórmula civilización y barbarie, sino que responde a un encuentro no exento de contradicciones entre las imposiciones de los procesos de modernización y los vínculos y sentimientos étnicos preexistentes en la sociedad paraguaya.

---

\* *Carla Giaudrone es profesora de Literatura latinoamericana y directora del programa de Estudios latinoamericanos en Rutgers University. Actualmente investiga sobre modos de producción cultural material del Centenario que buscan representar un espacio e identidad nacional. Sus publicaciones incluyen La degeneración del 900 (2005) y artículos sobre el Centenario en Uruguay y Argentina. Contacto: cgiaudro@camden.rutgers.edu.*

Los modestos eventos conmemorativos de los sucesos de mayo de 1811 llevados a cabo en Asunción respondieron a una determinación por disminuir la impresión de enfrentamiento y mostrar, tanto a Europa como a otros países hispanoamericanos, un país consolidado y unido luego de la devastadora guerra contra la Triple Alianza, conformada por Argentina, Brasil y Uruguay (1864-1870). Debido al estado de anarquía y desorden imperante, resultado de las pugnas internas que continuaron afectando la nación durante la primera década del siglo XX, la fecha de conmemoración debió ser pospuesta de 1911 a 1913 por medio de un decreto presidencial.<sup>1</sup> La edición del “Canto Secular” de Eloy Fariña Núñez (1885-1929), poema inspirado en las *Odas seculares* que el argentino Leopoldo Lugones dedicara a su país un año antes, fue uno de los pocos eventos conmemorativos de importancia que consiguió concretarse en 1911. Asimismo, las respectivas publicaciones de dos álbumes conmemorativos quedaron postergadas para 1912. Por medio de estas ediciones, la élite paraguaya, al igual que sus pares de la región, buscaba anteponer una concepción moderna de nación que asignara una visión homogénea de la cultura disipando diferencias y particularismos regionales a favor de la centralización.

Sin descartar en ningún momento la posición eurocéntrica tan característica de las publicaciones “ilustradas” del período, el *Álbum gráfico de la República del Paraguay* (1912), editado por el escritor Arsenio López Decoud (1967-1945), integra el elemento indígena al mito del origen, anticipando, de esta forma, el nacionalismo indigenista paraguayo de finales de la década de 1930. Con el fin de crearse a sí mismos como comunidad y guiar el destino colectivo, los novecentistas (grupo al cual pertenece López Decoud y los colaboradores del álbum) trazan una etnohistoria que se remonta a los primeros contactos entre la población nativa y los exploradores españoles. En este sentido, el *Álbum gráfico de la República del Paraguay* registra no sólo una concepción diferente de nación en relación a publicaciones conmemorativas similares de Argentina, Uruguay y Chile, sino también un cambio dentro de la propia élite paraguaya, especialmente respecto de la generación inmediatamente anterior, crecida en el exilio. Este cambio en la forma de pensar la nación se advierte al comparar el *Álbum* de López Decoud con una publicación similar, *La República del Paraguay en su primer Centenario*, editada ese mismo año por Ramón Monte Domecq. Mientras que esta última privilegia la tradición de tipo universalista que excluye el antecedente étnico a favor de una concepción civil de comunidad, la edición a cargo de López Decoud, que cuenta con un grupo más consistente de colaboradores, inicia una reevaluación del elemento indígena como base de la nacionalidad paraguaya.<sup>2</sup> La preferencia por el modelo étnico de nación (basado en el paradigma alemán) no implicó necesariamente la exclusión de la concepción de la nación

<sup>1</sup> Los años previos al centenario se caracterizaron por los sucesivos enfrentamientos entre diferentes facciones de los principales partidos políticos y el poder militar. Entre los años 1908 y 1912, Paraguay tuvo nueve presidentes, tres en el año del centenario. Véase Lewis (1993).

<sup>2</sup> El *Álbum* de López Decoud consta de 544 páginas divididas en dos partes y un apéndice: la primera parte (11-210) ofrece una introducción general a la historia y la geografía del país. La segunda, titulada “El Paraguay moderno”, comprende la “segunda era constitucional” (211-360) y un apéndice que expone el movimiento bancario, industrial y comercial (III-CXXXVI). La edición de Monte Domecq cubre en sus 482 páginas aspectos de la historia, las instituciones políticas, económicas y financieras. Las copias consultadas de los álbumes se encuentran en la New York Public Library. Agradezco a dicha institución el permiso otorgado para reproducir imágenes de ambas publicaciones.

cívica (fundada en el modelo francés), sino que, como será analizado más adelante, ambas representaciones conviven en un estado de conflicto constante.<sup>3</sup>

En varios trabajos enfocados en la formación del nacionalismo, el historiador Anthony D. Smith destaca el papel fundamental que desempeña un pasado étnico en el establecimiento de una nación, al tiempo que especifica una distinción entre comunidad cultural y comunidad étnica. Según Smith, la base de la identidad cultural colectiva está conformada por elementos tales como un territorio histórico compartido, un sentido de continuidad con un pasado colectivo, los recuerdos de dicho pasado y las creencias en un destino común. La identidad étnica, por su parte, se adquiere al sumar a los elementos antes mencionados la creencia subjetiva en una comunidad cuyos miembros están unidos por una herencia cultural y una ascendencia genealógica común. En un ensayo donde analiza concretamente los casos de nacionalismo en México y Perú, Smith señala que tanto la formación de la identidad cultural como la étnica presuponen “un fondo de mitos y tradiciones compartidos que se remontan hacia la era distante, arcaica, del nacimiento de la comunidad”. Para el historiador, la construcción de una identidad nacional responde directamente a una de las demandas centrales del nacionalismo, que consiste en construir “un yo colectivo y culturalmente distintivo, que aspira a ser un ‘sujeto de la historia’, a determinar su destino colectivo” (1990: s. p.).

Desde el inicio de la sección histórica, que se refiere a los antiguos habitantes del territorio paraguayo, el *Álbum* de López Decoud deja establecido que el origen de la identidad nacional se encuentra en la “síntesis” entre españoles y guaraníes. La noción de un mestizaje natural tiene una base histórica auténtica que se origina en las características particulares que presentó la colonización del territorio, la situación geográfica marginal y el posterior aislamiento al que fue sometido el Paraguay durante los respectivos gobiernos de José Gaspar Rodríguez de Francia (1814-1840), Carlos Antonio López (1841-1862) y Francisco Solano López (1862-1869). Los primeros “encuentros” entre los europeos y los indígenas se originan en tiempos de la conquista: los miembros de las comunidades agrícolas nativas tenían por costumbre consolidar alianzas entre grupos mediante la institución del *tovyá* (cuñado) que consistía en la entrega de sus mujeres como una forma de establecer vínculos de parentesco (Bartolomé 1989; Potthast-Jutkeit 1999). Si bien este fenómeno ocurrió en otras partes del continente conquistado, en lo que hoy conforma el territorio de Paraguay, estos pactos se efectuaron por un período más extendido de tiempo. Los críticos mencionan la escasez de mujeres europeas y la situación de aislamiento geográfico respecto de los principales puertos que comunicaban la región con Europa como algunos de los hechos que contribuyeron a la prolongación del fenómeno. En su estudio sobre la creación del modelo mestizo de familia en Paraguay, Barbara Potthast-Jutkeit señala que en ese país dicho modelo tiene un significado especial, pues los europeos, luego de la conquista, “siguieron siendo una pequeña minoría sin muchas seguridades, que necesitaba el apoyo de los indígenas guaraníes y tenía pocas posibilidades de llegar a ser una casta señorial netamente española” (1997: 347). Con el tiempo, este fenómeno extendido de mestizaje creó una élite de mestizos que,

<sup>3</sup> En todos los nacionalismos hay elementos étnicos y cívicos, en distintos grados y formas. La idea de una concepción de nación basada en el modelo francés y otra en el alemán es desarrollada por William Roger Brubaker (1992).

según la historiadora, no sufrió el nivel de marginación que se dio en otras partes del territorio colonial.

En general, se considera el período del gobierno autocrático de Rodríguez de Francia como la época en que se definen los rasgos lingüísticos y culturales regionales “que serían esgrimidos como fundadores y legitimadores del peculiar nacionalismo del naciente Estado” (Bartolomé 1989: 410). Un decreto de 1814 promulgado durante su gobierno, que autoriza a europeos, criollos y extranjeros a contraer matrimonio únicamente con mujeres indígenas o de descendencia africana, suele ser citado por algunos críticos contemporáneos como el precedente de uno de los primeros proyectos de mestizaje conocidos en la historia moderna. Otro sector de la crítica, sin embargo, descarta un propósito consciente de intensificar la mezcla racial y entiende la medida como una forma de disminuir el poder económico y social de la elite española y porteña, evitando, de esta forma, la acumulación de fortunas entre la clase dominante (Potthast-Jutkeit 1999: 353). Este último grupo de críticos subraya el papel unificador que cumple el mito de la armonía étnica y cultural en la sociedad paraguaya y refiere al concepto de mestizaje como un “recurso ideológico para que la homogeneidad proclamada pasara a la imaginación popular como una igualdad creada ya en los orígenes de la nación” (Meliá 2005: 906). A los efectos del presente estudio, no me compete exponer las diferentes elaboraciones del mestizaje y categorías críticas similares, ni desarrollar las características particulares del mestizaje en Paraguay.<sup>4</sup> Lo que sí quisiera subrayar es la persistencia del mito del mestizaje en el imaginario nacional al punto que, hasta hoy, es entendido como la base de la identidad paraguaya.<sup>5</sup> En este sentido, me concierne analizar, a través de publicaciones conmemorativas del centenario de la independencia, a qué elementos responde el rescate de la ideología del mestizaje por parte de los novecientistas.

El grupo del novecientos consistió en una generación de intelectuales nacidos después de la guerra contra la Triple Alianza y cuya influencia se extiende hasta las vísperas de la guerra del Chaco (1932). Según el crítico literario Raúl Amaral (1968), desde el punto de vista cultural, el movimiento se relaciona con el esteticismo modernista pero sin adquirir el tono de enfrentamiento contra los valores sociales y culturales tradicionales que caracterizó al primer modernismo hispanoamericano de fines del XIX. El grupo, que incluye entre otros a los historiadores Juan E. O’Leary (1879-1969) y Cecilio Baez (1862-1841), al sociólogo Ignacio Pané (1880-1920) y a los periodistas Fulgencio Moreno (1872-1980) y Enrique Solano López (1858-1917), fundamentalmente coincide en su interés por crear una conciencia nacional, histórica y cultural de la devastada y desprestigiada sociedad paraguaya. Desde el punto de vista ideológico, los novecientistas proponen una alianza entre los partidos tradicionalmente rivales en un intento por superar los personalismos del período caudillista de la posguerra. La revisión histórica y la revalorización de los mitos y héroes nacionales serán los aspectos más destacados entre estos escritores.

Otro elemento importante entre los novecientistas consiste en el rescate de ciertas expresiones vernáculas. A través del uso de la lengua nativa, la reivindicación de una

---

<sup>4</sup> Me refiero, más concretamente, a las categorías de aculturación/transculturación (Fernando Ortiz 1978), heterogeneidad cultural (Antonio Cornejo Polar 1994) e hibridez/hibridación (Néstor García Canclini 1995).

<sup>5</sup> La tradición de la síntesis de razas es sustentada por el uso generalizado del guaraní como lengua doméstica, hablado por más del noventa por ciento de la población (DGECC 2003).

imagen arquetípica del paraguayo y la exaltación romántica de costumbres tradicionales, el componente indígena de la población es considerado, por primera vez entre los miembros de las clases altas, como una parte integral de la identidad cultural nacional. Debido a las ambigüedades que presenta, este aspecto de la generación del novecientos ha sido poco explorado por la crítica. Por lo general, si bien esta última reconoce la propuesta nacionalista reivindicativa del movimiento, tiende a rechazar cualquier consideración positiva que el grupo de intelectuales pudiera haber tenido hacia la cultura guaraní:

El discurso de los componentes de la generación novecentista excluye, sin embargo la cifra indígena, aunque a veces aborda el tema de la lengua aborígen. Es más, los términos utilizados para definir la cultura guaraní son profundamente despectivos (Barreiro Saguier 1990: 115).

En el ámbito continental, la poderosa influencia que ejerció en la intelectualidad hispanoamericana el evolucionismo positivista, especialmente el darwinismo social y el evolucionismo spenceriano y su denigración de las llamadas “razas inferiores”, sin duda contribuyó al desprecio que las élites nacionales mostraron por lo nativo. En mayor o menor medida, los álbumes conmemorativos de Argentina, Uruguay y Paraguay presentan al indígena como un elemento regresivo, excluido del proyecto modernizador y refundacional del Centenario. La conversión del nativo en ciudadano implicó la disolución de sus respectivas organizaciones tribales y de sus formas culturales específicas. Como señala Quijada Mauriño (2005) en relación a los indígenas dentro del territorio argentino, una vez culminada la Campaña o Conquista del Desierto (1879-1881) y dominados los indígenas, éstos se convierte en “naturales” de la nación y pasan a ser conceptualizados como una otredad incorporada que, en el mejor de los casos, podía ofrecer sus conocimientos de la región para la mejor explotación de las riquezas naturales.

Estas posturas pueden observarse en las dos publicaciones conmemorativas del Centenario paraguayo que aquí se analizan. Así, *La República del Paraguay en su primer Centenario* ofrece versiones extremas de las influyentes doctrinas del “racismo científico”, como revela un artículo de Cecilio Báez que describe a los indígenas como seres “[m]oralmente insensibles como los animales [que] no conocían la dignidad personal, ni nutrían en su alma inspiración alguna” (Monte Domecq 1912: 17). Por su parte, al referirse a las comunidades indígenas contemporáneas, el *Álbum* alude a los “indios” como a una categoría única, una minoría insignificante, recluida en el entonces desdeñado territorio del Chaco:

La población del Paraguay, como la de las repúblicas Argentina, Uruguay y Chile, es homogénea, predominando en absoluto la raza blanca. En 30.000 puede calcularse el número de indios que en estado salvaje habitan el centro del Chaco. En la Región Oriental son hoy objeto de curiosidad, así como los negros (López Decoud 1912: 83).

No obstante estos comentarios, la edición a cargo de López Decoud expone una percepción menos excluyente de lo indígena al proponer el trazado de una etnohistoria que simultáneamente busca unificar la diversidad social y vincular el presente moderno y el pasado étnico a través del mito del origen común. Si el proyecto del estadista y pedagogo argentino Domingo Sarmiento (1811-1888) denigraba el elemento nativo, al cual atribuía el componente salvaje de la identidad americana, el *Álbum* de López Decoud lo exalta

subrayando la singularidad y superioridad racial de la tribu guaraní que habitaba el territorio paraguayo antes de la llegada del europeo.

Los mitos, valores e historia indígenas nunca tuvieron un lugar destacado en el nacionalismo paraguayo a diferencia de lo que se observa en México durante el gobierno de Porfirio Díaz (1876-1911), el cual buscó articular la relación raza-Estado en términos de los esfuerzos por consolidar el Estado liberal.<sup>6</sup> Durante los años de la guerra contra la Triple Alianza, la propaganda oficial paraguaya “comenzó a recalcar el espíritu guerrero de los indios guaraníes, mientras que los soldados brasileños eran tildados siempre y en todas partes como negros cobardes y macacos” (Potthast 1999: 355), en un intento por revivir el espíritu decaído y afianzar los vínculos afectivos de la población. Sin embargo, la exaltación de mitos y leyendas de heroísmo y resistencia nativos se interrumpen cuando, al finalizar la guerra en 1870, regresa al devastado país un contingente de refugiados y exiliados paraguayos radicados en Argentina.<sup>7</sup>

Educados bajo los preceptos sarmientinos y ansiosos por fundar un gobierno constitucional basado en las reglas del liberalismo, los repatriados desplazaron los aún débiles elementos culturales nativos a favor de agresivas políticas inmigratorias similares a las que el escritor tucumano Juan Bautista Alberdi (1810-1984) propusiera en Argentina a mediados de la década de 1850. La inmigración masiva de europeos era vista por este pequeño grupo de intelectuales capitalinos como una necesidad para contrarrestar el componente indígena de la población paraguaya entendido como una de las principales causas del atraso de la nación (Lewis 1993: 56). Hacia finales de la década de 1880, los recién fundados partidos Colorado y Liberal, bajo la bandera del liberalismo, mantuvieron esta posición respecto del nativo, al mismo tiempo que comenzaba un lento proceso de búsqueda de una identidad nacional distintiva, unificada y autóctona. Sin abandonar la actitud esencialmente eurocéntrica y cosmopolita, la primera generación cultural paraguaya formada después de la guerra será la encargada de emprender dicho proceso por medio de la revalorización del elemento nativo a partir del fortalecimiento y la legitimación del mito del origen étnico compartido.

En el *Álbum gráfico de la República del Paraguay*, la inclusión de dos secciones a cargo del suizo Moisés Bertoni, pionero en el campo de los estudios etnológicos en Paraguay, ratifica el cambio de actitud hacia el papel que cumple el elemento indígena en la conformación de la identidad nacional paraguaya. Sus numerosos artículos y ensayos publicados en periódicos y revistas “científicas” paraguayas ya gozaban de una amplia difusión en los años previos al Centenario. Una de las disquisiciones más innovadoras se encuentra en un trabajo titulado “La nacionalización de los indios guaraníes”, publicado en 1909 en el periódico *Rojo y Azul*:

<sup>6</sup> El mestizaje, visto como una forma de pacificación de los conflictos sociales marcados por las diferencias raciales, se presentó para el porfirato como un programa social proto-eugénico cuyo propósito principal era el de “mejorar” la raza. El indio, considerado un elemento antinacional que requería pronta acción por parte del gobierno, tenía que ser asimilado ya sea a la fuerza o por medio de la educación. Para un estudio de las formas en que el mestizaje se consolida como formación discursiva en México del XIX y principios del XX, véanse Knight (1990) y Lund (2006).

<sup>7</sup> Los resultados de la derrota paraguaya todavía siguen siendo debatidos. Según cálculos modernos, el país contaba con aproximadamente 600.000 habitantes en 1865, los cuales quedaron reducidos a menos de la mitad en 1870, en su mayoría mujeres, ancianos y niños. Véase el artículo de Brezzo (2004).

Para la buena parte de los paraguayos, el guaraní es tan “indio” como cualquier otro [...]. Ciertamente un sentimiento humanitario nos obliga a considerar dignos de nuestra compasiva atención e indulgencia a todos los indios, cualesquiera sean. Pero tratándose de los guaraníes, la cuestión cambia por completo. No se trata de una raza inferior cuya desdicha invoque nuestra conmiseración: se trata de los restos de una grande y noble raza que tiene los derechos ante la historia, que tuvo una civilización, por más que sui generis, que llegó a un concepto elevado de la moral, ejerció una hegemonía verdadera desde las Antillas a la boca del Plata, tuvo su influencia, es fácil probarlo, sobre la civilización en general (citado por Baratti 2002-2003: 43).

La imagen que ofrece Bertoni en sus artículos contrasta abiertamente con la descripción de las “tribus guaraníicas” que presenta Cecilio Báez en el citado fragmento de la obra de Monte Domecq. Si hasta el momento los presupuestos del racismo (la preeminencia de unas razas sobre otras, la correspondencia entre lo físico y lo moral y la sobre-determinación de la biología sobre la cultura, entre otros) habían sido usados para denigrar a los guaraníes, Bertoni, en cambio, emplea esos mismos postulados para exaltarlos. Las secciones del *Álbum gráfico de la República del Paraguay* atribuidas al etnólogo suizo representan al guaraní como “una raza viril y fuerte, adiestrada en las artes de la guerra de la navegación y de la caza, con una teogonía propia y una larga tradición, cuyos usos y creencias fielmente practicados habían llegado, con el idioma, a darle perfecta unidad étnica” (76). El autor concluye que el comportamiento salvaje, erradicado tempranamente del territorio durante el período de la conquista, nunca se dio en forma categórica en la región, precisamente por la superioridad étnica del nativo y por la excepcional relación que existió entre los indígenas y los colonizadores españoles.

El mestizaje, entonces, es presentado como un proceso natural, singular y completo cuyo origen se remonta al pasado remoto y fundacional de los primeros tiempos de la conquista, tal como lo indica Blas Garay en el siguiente fragmento:

Valientes y orgullosos de su raza, fue larga y trabajosa su conquista, y tanta parte como las armas, si no mayor, tuvo en ella la hábil política [del gobernador] Irala y sus sucesores, fomentando las uniones de españoles e indias, principalmente con las hijas de los caciques. Las predicaciones religiosas contribuyeron también de gran manera a concluir con la resistencia de los guaraníes, quienes, una vez sometidos, fueron fieles, valerosos y utilísimos aliados de los españoles en todas sus empresas (en López Decoud 1912: 29).

Enfrentándose a las influyentes nociones de mestizaje degenerativo propuestas por destacados teóricos de la desigualdad racial como Gobineau, Le Bon y Spencer, que establecían que el simple contacto del europeo blanco con “razas inferiores” provocaba una degradación del componente “superior”, el álbum expone un mestizaje positivo que es considerado la base de una “nueva raza”. Dicha raza sintetiza, como lo expresa Blas Garay, lo mejor de los dos mundos: la bravura y entereza de los indígenas y la hidalguía de los españoles.

Por su parte, en la sección “Descripción política”, López Decoud afirma que muchos de los valores primitivos de la comunidad moral subsisten en forma residual en la sociedad actual y explican aspectos biológicos, al igual que otros elementos distintivos del carácter paraguayo, como ser su fortaleza, valentía y virilidad: “Mezcladas así, por excepción en el Paraguay, la sangre de sus conquistadores con la del pueblo conquistado,

tuvo su origen nuestra población de hoy” (76). Esta perspectiva se corresponde con la tradición nacionalista alemana que, enfatizando los aspectos culturales y étnicos, considera la nación como una entidad orgánica en la cual sus miembros progresivamente pasan a conformar un pueblo (*Volk*) distintivo, con vínculos de lengua y un origen en común. Sin embargo, es importante destacar que, si bien en el contexto del *Álbum* el “paraguayo” es representado como el resultado de la síntesis original entre los nativos americanos y los europeos, López Decoud repetidamente señala que será este último componente, no el indígena, el que terminará por imponerse definitivamente.

Teorías de determinismo ambiental, conjuntamente con ideas de herencia y caracteres adquiridos de Lamarck, son puestas en función de un concepto de nación en términos raciales. Esta noción de raza como categoría biológica proviene de postulados positivistas franceses (particularmente Hippolyte Taine), que atribuye a grupos nacionales determinadas características psicológicas derivadas de la interacción de aspectos físicos (el color de la piel, el fenotipo y tipo de cabello), características mentales y emocionales y circunstancias ambientales e históricas particulares. Al igual que otras publicaciones conmemorativas latinoamericanas, el *Álbum gráfico de la República del Paraguay* incluye fragmentos de crónicas de viajeros europeos que recogen la visión eurocentrista del denominado “tipo americano”. En referencia a las uniones del “aborigen con el latino” (76), se destacan los respectivos testimonios del español Félix de Azara (1742-1821) y del médico francés Alfred Demersay (muerto en 1891) reproducidos en la sección “Etnografía”. Los fragmentos seleccionados de la que fuera la obra más importante de Azara, *Viaje por la América meridional* (1809), ratifican las mencionadas ventajas de la mezcla e insisten en la superioridad racial del producto final: “los habitantes del Paraguay, resultado de una antigua mezcla de españoles e indias, poseen más finura, sagacidad y luces que los criollos” (76). El texto de Azara se extiende en elogios sobre los caracteres físicos de los mestizos, para terminar declarando “que la mezcla de las razas las mejora, y que la especie europea predomina, a la larga, sobre la indígena” (76).

Los pasajes reproducidos de la *Histoire du Paraguay et des Etablissements des Jesuites* (París, 1864) de Alfred Demersay igualmente subrayan las ventajas de las “modificaciones impresas por la raza latina en la indígena” (76). Entre los “atributos” que exalta el autor se encuentra la blancura de la piel del paraguayo, a veces “opacada” por “rastros inequívocos de la sangre india” atribuidos “a la influencia de los agentes atmosféricos” (76). Otros “felicis resultados de la mezcla de las dos sangres” (76) se observan en la talla bien proporcionada y barba “europea” de los hombres, así como las proporciones armoniosas de las mujeres: “Una joven vestida de *tipoy* con flores semiocultas en la cabellera, es generalmente una seductora persona que recuerda el tipo castellano y cuya aposura no tiene la nobleza afectada de las criollas de Buenos Aires. Pero en la Asunción, este traje desaparece para dar lugar a las modas francesas...” (77). Las cualidades nativas poco a poco van siendo sustituidas por elementos europeos en un proceso de asimilación que es presentado como natural, espontáneo y carente del artificioso esnobismo bonaerense. Mediante la transferencia al álbum conmemorativo de los mencionados testimonios de “autoridades” europeas (Azara, Demersay y Bertoni), el editor busca, por un lado, legitimar los elementos “positivos” del mestizaje y, por otro, reafirmar el dominio del componente europeo en el proceso de transfiguración étnica y cultural de la población.

La imagen del Paraguay que el álbum propone es la de una nación unificada y racialmente homogénea, características que se remontan a los primeros años de la colonia. El

pasado étnico se revela principalmente a través del uso generalizado del idioma guaraní entre los habitantes del territorio nacional:

Existe entre nosotros perfecta homogeneidad étnica: el pigmento negro no ensombrece nuestra piel. Amamos nuestra tradición y nos es grato conservar nuestro dulce y poético idioma guaraní, y ella y él, a pesar de todo, nos mantendrán unidos al través del tiempo y sus vicisitudes (López Decoud 1912: Introducción, s. p.).

El pasaje introduce el tema de la relación del guaraní con la identidad nacional, asunto que también se observa en otros textos centenaristas, como en el ya mencionado “Canto secular”, donde el poeta exhorta a cuidar con amor “la lengua madre, el guaraní rudimentario y dulce” (Fariña Núñez 1911: 28). El álbum menciona que el elemento guaraní es conservado por medio de un idioma “dulce y poético”, adjetivos que despojan al término del componente “bárbaro” que tradicionalmente implicaba la referencia a los elementos indígenas de la población, y pasa a connotar lo pacífico, lo sumiso y bondadoso, así como también lo lírico e inspirado. El guaraní, hasta entonces visto como el gran enemigo del progreso y atacado principalmente desde el sistema educativo, en el novecientos, es recuperado como un elemento de unicidad cultural y rasgo distintivo de la nación paraguaya.<sup>8</sup>

El elogio del guaraní como parte esencial de “nuestra tradición”, si bien no implica un reconocimiento directo de la cultura indígena, evidencia un gesto de orgullo nacionalista, una actitud positiva hacia lo que se considera un fenómeno lingüístico propio del ser paraguayo:

Lenguaje pintoresco y primitivo,  
Contemporáneo de remotas épocas,  
En él el lazo primordial del hombre  
Con las oscuras fuentes de la tierra,  
Se manifiesta con mayor relieve;  
En él los sentimientos son más hondos,  
Las voces del querer son más cordiales  
Y las melancolías son más trágicas (Fariña Núñez 1911: 28).

Estos versos identifican la lengua vernácula con lo que Anthony D. Smith llama “la experiencia colectiva auténtica”, a la cual se llega penetrando “muy atrás en los orígenes del pasado comunitario y su era de oro, trazando una etnohistoria específica y, de tal modo, revelando la comunidad moral con sus valores primitivos en el corazón y raíz de la sociedad actual” (1990: s. p.). Sin embargo, estas referencias positivas a la “lengua de la raza ausente” (Fariña Núñez 1911: 29) no ocultan la ambivalencia que la intelectualidad paraguaya siente hacia lo vernáculo. Las cualidades “poéticas” del guaraní, así como su capacidad para transmitir sentimientos y emociones, a menudo aparecen contrapuestas a sus limitaciones prácticas, tal como queda expresado en la preferencia del poeta por el “culto lenguaje de Castilla”, al cual considera más apropiado para verter “el pensamiento nuevo que brilla en la pupila de los jóvenes” (29).

<sup>8</sup> Precisamente, dos de las figuras más destacadas del movimiento, Ignacio Pané y Juan E. O’Leary, ambos colaboradores del álbum de López Decoud, son los que abren el camino de una literatura “cultiva” escrita en guaraní. Véase Meliá (1992).

Por su parte, en el *Álbum gráfico de la República del Paraguay*, conforme a la ideología de la modernidad que sustenta, su editor defiende el argumento de aquellos que consideraban que la lengua indígena debía desaparecer “por el entorpecimiento que ocasiona en la mayoría de los naturales la fácil y fluida expresión del [español]” (López Decoud 1912: 83). Es así que, a pesar de ser “tradición y herencia y vehículo para llegar hasta el alma y los orígenes del pueblo”, el guaraní debería ser prohibido “con mayor rigor en las escuelas” (83). El autor no promueve la convivencia de las dos lenguas sino que, oponiendo el “dulce y poético” guaraní, al “fácil y fluido” español, propone, por el bien del progreso, la eliminación del idioma nativo del ámbito público. Para poder ser exaltado, “lo guaraní”, reducido a unas pocas cualidades espirituales, debe ser sublimado y desplazado del contexto racial-biológico.

Al igual que los textos, las fotografías publicadas en el álbum buscan erradicar la persistente imagen de país “salvaje” que las naciones victoriosas de la guerra de la Triple Alianza habían comenzado a difundir años antes del inicio del conflicto. En la sección “Etnografía”, por ejemplo, el autor se queja de que la “nota gráfica” más representativa que circula de su país en la época de su Centenario es “la estampa [de] un indio en la selva chaqueña, cubierto de plumas y abalorios, con su arco y aljaba, como un exponente del grado de civilización a que hemos alcanzado” (77). De ahí que los materiales gráficos, “preparados expresamente” para el álbum, busquen corregir esta primitiva imagen del Paraguay. En el momento de registrar representaciones visuales de la población del país, ambos álbumes recurren a retratos de miembros de las élites nacionales, particularmente de mujeres y niños de las principales ciudades del país. Las secciones “Señoritas y niños de Asunción” (López Decoud) y “Sociabilidad” (Monte Domecq) son propuestas como prueba del predominio de los rasgos y costumbres europeas de la población y el alto nivel cultural conquistado en los últimos cien años (figura 1).

Las fotografías buscan inscribir un perfil de uniformidad racial que reconfirma la igualdad étnica y el “predominio absoluto de la raza blanca” (López Decoud 1912: 83) en todos los niveles de la sociedad paraguaya. La homogeneidad visual se extiende a las representaciones del “tipo popular”, cuya imagen queda plasmada en un par de fotografías de tipo costumbrista que respectivamente muestran a dos jóvenes mujeres vistiendo el traje típico en poses características: una con una vasija de barro (figura 2) y la otra tejiendo el ñandutí, la artesanía nacional paraguaya.

En su estudio sobre la fotografía latinoamericana en el siglo XIX, Robert Levine (1989) constata similares versiones romantizadas de “tipos” tradicionales en otros países. Conocidas como *cartes de visite* (medio patentado por el francés Adolphe Disdéri en 1854), estas imágenes se hicieron muy populares entre un público conformado principalmente por individuos de las clases adineradas latinoamericanas, así como también europeos que buscaban saciar su curiosidad por “lo exótico”. Al ubicar estas imágenes en la sección “Etnografía”, el álbum de López Decoud desplaza la simple curiosidad del coleccionista por el interés “científico”, revelando la influencia del positivismo y su obsesión taxonómica. Los sujetos retratados no sólo refuerzan el “tipo castellano” ya señalado por los cronistas europeos, sino que reafirman un mestizaje en el cual el componente español visualmente domina sobre el indígena.

La autenticidad de los “tipos populares” retratados en el álbum de López Decoud es cuestionada al cotejar otros medios ilustrados del período que presentan fotografías semejantes de señoritas de la sociedad “posando” con trajes típicos. Por ejemplo, la obra



Señoritas: I, Virginia Sosa.—II, Sara Saguier y Riquelme.—III, Consorcia Rojas.—IV, Isabel Falabella.  
V, Ismenia Pereyra.—VI, Aurelia Irala.



Srta. Hortensia Rojas



Srta. Adela Brambilla



Srta. Clotilde Grillón



Srta. Genara Alonso

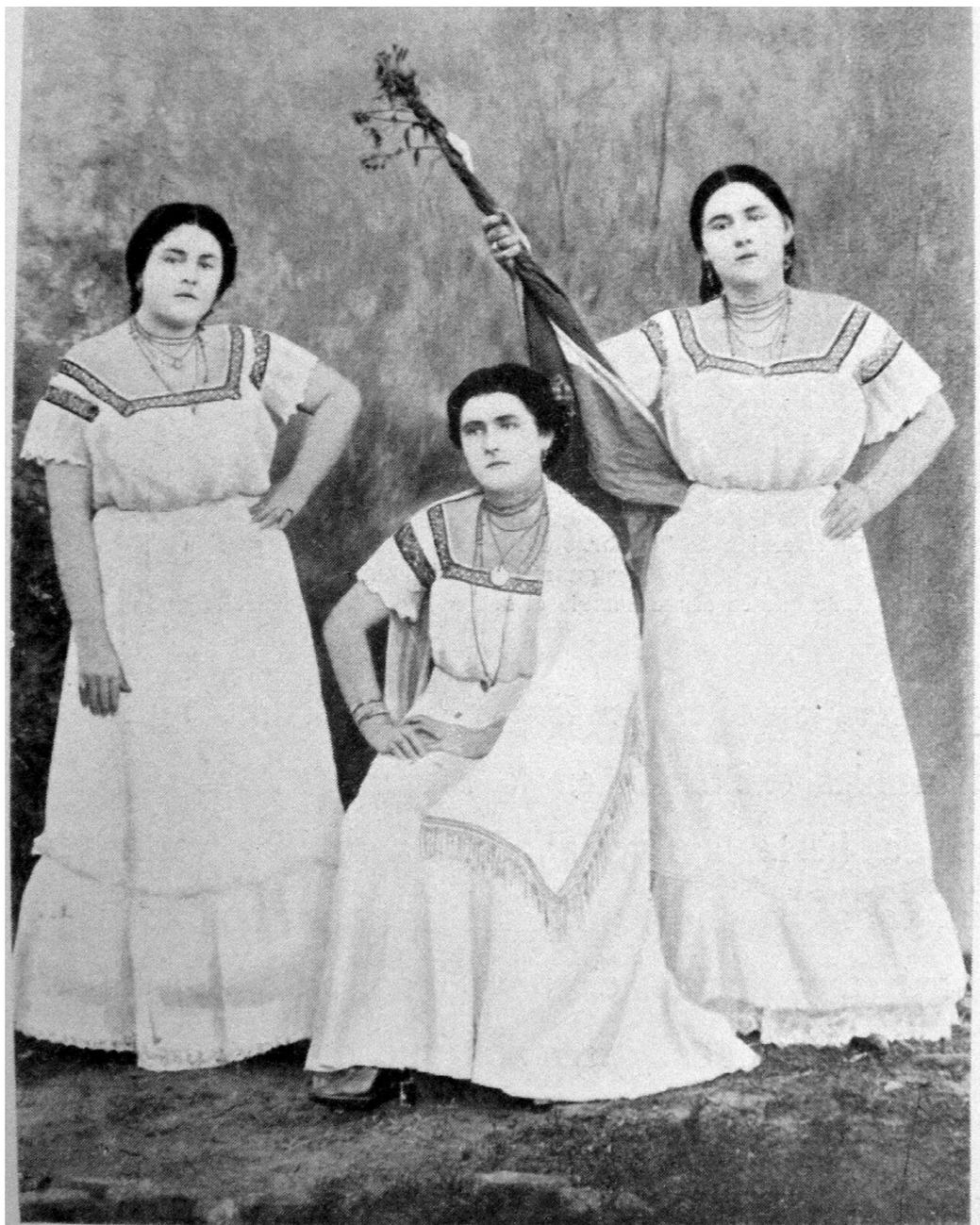


Srta. María Esther Ferreira

FIGURA 1: “Señoritas” (Monte Domecq 1912: 181).



FIGURA 2: “Tipo popular” (López Decoud 1912: 78).



Señoritas de la sociedad de Carapeguá: Casimira, Vicencia y Evarista Giménez, rememorando el traje nacional antiguo

FIGURA 3: “Señoritas de la sociedad de Carapeguá” (Monte Domecq 1912: 434).

de Monte Domecq exhibe una página titulada “Una nota nacional”, que presenta a unas damas “vistiendo trajes característicos” (190). Asimismo, en otra sección de la misma publicación, aparece retratado un grupo de “Señoritas de la sociedad de Carapegüá rememorando el traje nacional antiguo” (434) (figura 3).

Mientras que las fotografías de López Decoud funcionan para el presente de la publicación como prueba de la exitosa asimilación de lo local, las imágenes de Monte Domecq trasladan el “color local” a un pasado romántico que sólo se conserva a través de algunas “señoritas de la sociedad” que posan orgullosamente con el “antiguo” traje.

La fotografía se convierte no sólo en el principal medio de expresión de la sociedad moderna, sino también en un instrumento de primer orden, ya que su poder de reproducir la realidad externa le presta un carácter esencialmente documental. En sus reflexiones sobre la fotografía, Roland Barthes apunta a cómo este medio funciona como prueba incontrovertible de que existió o ha existido algo semejante a lo que exhibe la imagen (1981: 87). El valor de la imagen deviene de su doble condición de objeto simbólico e informativo: informa al mismo tiempo que constituye evidencia en relación a la realidad. Por medio del uso de imágenes los álbumes conmemorativos buscan corroborar lo expresado, es decir, brindar a los lectores la “estricta verdad” (López Decoud 1912: Introducción, s. p.). Sin embargo, se advierte que el empleo de este medio aparentemente sin código y, por lo tanto, literalmente “real”, puede llegar a complicar el mensaje de homogeneidad que las clases dirigentes buscan difundir. En tal sentido, cabe destacar como ejemplo dos fotografías de indígenas “lenguas” que aparecen respectivamente en los álbumes conmemorativos del Centenario paraguayo aquí analizados.

En el *Álbum gráfico de la República del Paraguay*, los dos “tipos populares” anteriormente mencionados comparten la misma página con una imagen que muestra a un grupo de indígenas, en su mayoría mujeres semidesnudas, acompañadas por tres hombres blancos, tal vez antropólogos, vestidos al estilo europeo (figura 4)

Esta fotografía, que lleva el epígrafe “Toldería de los Indios Lenguas, en el Chaco”, se corresponde con la función controladora de los estudios etnográficos y antropológicos que cumplen un papel fundamental en el registro y acumulación de datos para el Estado. Por su parte, *La República del Paraguay en su primer Centenario* de Monte Domecq reproduce una fotografía que muestra a un grupo de indígenas posando con la siguiente leyenda al pie: “Un cañaveral del ingenio en el que trabajan indios del Chaco, semicivilizados, que protege el señor Agüero” (332) (figura 5).

El texto que acompaña a esta y otras fotografías del establecimiento “La Caída”, explica que “[g]ran parte del personal del ingenio lo constituyen los ‘lengua’, indígenas mansos y laboriosos, provenientes del Chaco, que construyen sus viviendas en los bosques vecinos” (333). La referencia a los lenguas en este contexto apunta a exponer el “potencial productor” de la zona chaqueña y destruir “el prejuicio existente que lo [*sic*] hace aparecer como una región despoblada y en la que aún no ha penetrado la nota civilizadora” (Monte Domecq 1912: 292). Si en el álbum de López Decoud el grupo de indígenas lengua es representado como un elemento exótico, excluido del proyecto modernizador, en la publicación de Monte Domecq, el nativo aparece valorado en términos de producción y estimado de acuerdo al posible papel que desempeñaría en el desarrollo del Estado liberal.

La complejidad política e identitaria que representa la convivencia de diferentes grupos humanos durante el período del Centenario es convenientemente suprimida en las



FIGURA 4: “Toldería de los Indios Lenguas, en el Chaco” (López Decoud, 1912: 78).

ediciones aquí estudiadas. Sin embargo, aunque comprendidas bajo el lema positivista de “orden y progreso”, las imágenes de los indios lenguas en los respectivos álbumes, no sólo testimonian la existencia de tribus autónomas dentro del territorio paraguayo, sino que también traen la diversidad étnica al presente, comprometiendo la idea de una población “absolutamente” blanca sustentada por ambas publicaciones.



FIGURA 5: “Un cañaveral del ingenio en el que trabajan indios del Chaco, semicivilizados, que protege el señor Agüero” (Monte Domecq 1912: 332).

Sin llegar a reconocer la diversidad dentro de su propio territorio, el *Álbum* de López Decoud, establece un mito de país mestizo que acomoda las ideas de homogeneidad étnica y unidad cultural tan preciadas por el Estado liberal decimonónico, al tiempo que otorga a la comunidad política paraguaya una identidad cultural distintiva. Haciendo referencia a los prejuicios que otros países de la región aun mantienen en relación al elemento nativo en la población paraguaya, el autor comenta al final de la sección “Etnografía”:

No importa que la mejor sangre española que vino a América corra por nuestras venas mezcladas con la del guaraní altivo, valeroso y magnánimo; nada significan la blancura de nuestra piel, la belleza de nuestras mujeres y la armonía del conjunto; nada tampoco el haber tenido al frente de nuestros gobiernos estadistas de verdad, paz, prosperidad, independencia y riquezas [...]. Éramos nosotros, los paraguayos, los únicos bárbaros y esclavos de la América del Sur [...] y hoy como ayer, como hace medio siglo [...] seguimos siendo para ellos, y sólo para ellos, las hordas de salvajes que del 65 al 70 les vendimos bien cara la victoria [...] (López Decoud 1912: 77).

Partiendo de una mezcla privilegiada de sangre española y guaraní, aquí el “nosotros” se constituye como una colectividad histórica única con un fuerte sentido de conti-

nidad con su pasado. El sentido de comunidad distintiva se manifiesta en la contraposición que el autor establece entre “nosotros” los paraguayos y “ellos”, las naciones americanas vecinas. Sus difamaciones contrastan tanto con la “realidad” registrada por importantes personalidades europeas que viajaron al país, como por los minuciosos estudios realizados por los expertos paraguayos que colaboran en el álbum. Estos testimonios buscan corroborar “que no fuimos la horda de bárbaros fanatizados, el ‘millón de salvajes’ al que debió redimirse por la sangre y el fuego” (López Decoud 1912: Introducción, s. p.). El desconocimiento del país y sus habitantes, la mala fe de los detractores, así como los problemas internos que confronta la nación en el presente de la publicación, exigen, según el editor, la reevaluación tanto de la historia como de la sociedad nativa paraguaya. Esta visión, por un lado, ofrece una perspectiva diferente a la de otras publicaciones conmemorativas de la cuenca del Plata, que excluyen el pasado indígena del proyecto refundacional del Centenario; por otro, marca un rompimiento dentro de la propia elite paraguaya, como queda demostrado con la categórica supresión del pasado étnico que se observa en el álbum de Monte Domecq.

El interés por la cultura vernácula durante el Centenario no busca un retorno a un pasado primitivo idealizado sino que, anticipando los preceptos del nacionalismo cultural de las décadas de 1920 y 1930, procura elevar la desprestigiada herencia nativa e incorporarla a una visión de nación étnicamente compuesta que intenta conciliar lo tradicional y lo moderno. La construcción de lo guaraní como esencia del espíritu étnico de la nación invoca al indio del pasado al mismo tiempo que excluye a las comunidades indígenas contemporáneas. En este sentido, se trata de un indigenismo puramente retórico que mayormente apela al sentimiento nacionalista criollo. Esta actitud ha llevado a críticos contemporáneos, como el antropólogo argentino Miguel Bartolomé, a denunciar el espíritu expropiatorio de la elite intelectual paraguaya, para la cual lo guaraní “sirvió para legitimar a la comunidad nacional brindándole [a dicho grupo social] un preciso marco de referencia histórico y cultural” (1989: 413).

Si bien el retorno al pasado étnico se muestra necesario para legitimar a las élites modernizantes y sus innovaciones, el rescate de dicho pasado y las tradiciones populares no debería ser explicado únicamente por maquinaciones de una clase dirigente que suele ser ingenuamente representada por la crítica como un bloque homogéneo y coincidente. Las distintas formas de representar lo vernáculo en los dos álbumes conmemorativos aquí estudiados evidencian posiciones encontradas entre los grupos dominantes. Hemos observado que la publicación a cargo de Monte Domecq se enlista en una tradición nacionalista de tipo universalista que prescinde del antecedente étnico comunitario para enfatizar los lazos civiles entre los miembros de la comunidad. Por su parte, sin abandonar el universalismo (o, más bien, europeísmo) y a partir de similares propuestas de homogeneidad, el proyecto de López Decoud pone el énfasis en el fortalecimiento de una identidad cultural vernácula distintiva y autónoma que cumple con lo que Anthony D. Smith llama la demanda de “autenticidad”. La visión que tenemos del pasado, según el historiador, no deriva exclusivamente de la utilidad que éste puede prestar para el presente, sino que dicho pasado en ocasiones también puede moldear intereses actuales, estableciendo parámetros culturales y tradiciones que nos permiten comprender las necesidades e intereses del presente (Smith 2000: 62).

En Paraguay, la presencia ineludible de la población nativa y su influencia cultural, principalmente por medio del uso generalizado de la lengua guaraní, son aspectos que

ya venían consolidando una base nacionalista étnica de raíz popular. Asimismo, circunstancias históricas como el impacto de la guerra contra la Triple Alianza y la participación de los indígenas en defensa del territorio nacional incentivó entre la intelectualidad una revisión del componente nativo de la población nacional. Este proceso, donde la idea de nación viene dada por una ascendencia en común –mito de la “síntesis” de sangres y lenguas (bilingüismo)–, se revela como una gradual conjunción de factores, donde actúa tanto la manipulación de los sectores dirigentes, como también el peso de tradiciones, culturas y perspectivas populares ya arraigadas en la población paraguaya.

## Bibliografía

- Amaral, Raúl (1968): *El novecentismo paraguayo. Línea biográfica y doctrinal de una generación*. Buenos Aires: Comentario.
- Baratti, Danilo (2002-2003): “Moisés Santiago Bertoni y la generación nacionalista-indigenista paraguaya”. En: *Bulletin /Société suisse des Américanistes / Schweizerische Amerikanisten-Gesellschaft*, 66-67, pp. 41-47.
- Barreiro Saguier, Rubén (1990): *De nuestras lenguas y nuestros discursos*. Asunción: Universidad Católica.
- Barthes, Roland (1981): *Camera Lucida: Reflections on Photography*. Trad. Richard Howard. Nueva York: Hill y Wang.
- Bartolomé, Miguel Alberto (1989): “Nación y etnias en Paraguay”. En: *América Indígena*, 3, pp. 407-418.
- Brezzo, Liliana M. (2004): “La guerra de la Triple Alianza en los límites de la ortodoxia: mitos y tabúes”. En: *Revista Universum*, 19, pp. 10-27.
- Brubaker, William Rogers (1992): *Citizenship and Nationhood in France and Germany*. Cambridge/London: Harvard University Press.
- Cornejo Polar, Antonio (1994): “Mestizaje, transculturación, heterogeneidad. En: *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 40, pp. 368-371.
- DGEEC (2003): *Principales resultados del Censo 2002. Población y vivienda*. Asunción: Dirección General de Estadística, Encuestas y Censos.
- Fariña Núñez, Eloy (1911): *Canto secular (poema)*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de la Compañía de Fósforos.
- García Canclini, Néstor (1995): *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- Knight, Alan (1990): “Racism, Revolution, and Indigenismo: México, 1910-1940”. En: Graham, Richard (ed.): *The Idea of Race in Latin America, 1870-1940*. Austin: University of Texas Press, pp. 71-113.
- Levine, Robert M. (1989): *Images of History. Nineteenth and Early Twentieth Century Latin American Photographs as Documents*. Durham/London: Duke University Press.
- Lewis, Paul H. (1993): *Political Parties and Generations in Paraguay's Liberal Era, 1869-1940*. Chapel Hill/London: The University of North Carolina Press.
- López Decoud, Arsenio (dir.) (1911): *Álbum gráfico de la República del Paraguay 1811-1911*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de la Compañía General de Fósforos.
- Lund, Joshua (2006): *The Impure Imagination. Toward a Critical Hybridity in Latin American Writing*. London/Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Meliá, Bartomeu (1992): *La lengua guaraní del Paraguay. Historia, sociedad y literatura*. Madrid: Editorial Mapfre.

- (2005): “El andamiaje lingüístico de la identidad paraguaya”. En: Colom González, Francisco (ed.): *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, Vol. II, pp. 903-914.
- Monte Domecq, Ramón (dir.) (1911): *La República del Paraguay en su primer Centenario, 1811-1911*: Buenos Aires: Compañía Sudamericana de Billetes de Banco.
- Ortiz, Fernando (1978): *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Caracas: Ayacucho.
- Potthast-Jutkeit, Barbara (1997): “The Creation of the ‘Mestizo Family Model’: The Example of Paraguay”. En: *The History of the Family*, 2, pp. 123-139.
- (1999): “El mestizaje del Paraguay como identidad nacional y mito nacionalista”. En: Potthast, Barbara/Kohut, Karl/Kohlhepp, Gerd (eds.): *El espacio interior de América del Sur. Geografía, historia, política, cultura*. Madrid/Frankfurt: Vervuert, pp. 345-359.
- Quijada Mauriño (2005): “Los confines del *pueblo soberano*. Territorio y diversidad en la Argentina del siglo XIX”. En: Colom González, Francisco (ed.): *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert, Vol. II, pp. 820-848.
- Smith, Anthony D. (1986): *The Ethnic Origins of Nations*. Oxford: Oxford University Press.
- (1990): “Nacionalismo e indigenismo: la búsqueda de un pasado auténtico”. En: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 2, <[http://www.tau.ac.il/eial/I\\_2/smith.htm](http://www.tau.ac.il/eial/I_2/smith.htm)> (05.01. 2009).
- (2000): *The Nation in History. Historiographical Debates about Ethnicity and Nationalism*. Hanover: University Press of New England.